

EMILIO FRUGONI

OBRAS EN VERSO DEL MISMO AUTOR

*De lo más hondo.*

*El Eterno Cantar.*

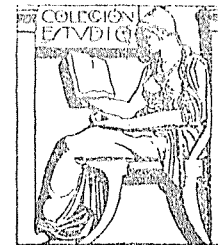
*Los Himnos.*

EN PREPARACIÓN

*Nuevos poemas montevidéanos.*

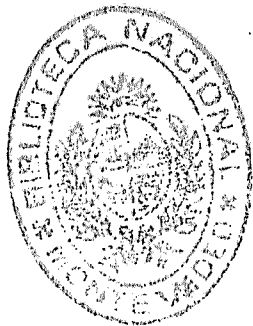
*La epopeya vulgar.*

POEMAS MONTEVIDEANOS



22.588

Editor:  
MAXIMINO GARCIA  
SARANDI 477-MONTEVIDEO  
1923



## DEDICATORIA

*A mi madre, que hace pocos meses dejamos allá abajo, en aquel vasto parque del Buceo, descansando bajo las flores, donde no irán a sobresaltarla los ruidos de su ciudad natal, que a menudo la despertaban en la noche con el temor de que le anunciaran algún infortunio de sus hijos... A mi madre, que hubiera leído estos poemas con lágrimas de alegría y de ternura. A mi madre, que no he querido bastante!*

## PRÓLOGO

Con cuánto amor te canto, Montevideo,  
a pesar de lo amarga que haces mi vida. }  
Eres en mi existencia llaga y reereo;  
herida, y venda y bálsamo de mi herida.

Apuro el dulzor suave de tus sedeñas  
horas que se deslizan sin hacer ruido  
cuando, de cara al cielo, duermes y sueñas  
tu sueño de grandezas jamás cumplido.

Participo de todas las ansiedades  
que tu sueño interrumpen y te incorporan  
frente al adusto ceño de realidades  
que, cuando estás alegre, en tu pecho lloran.

Yo vago por tus calles enamorado  
de la azul perspectiva que el mar extiende  
cubriéndote de besos todo un costado  
que el viento sur castiga y el sol enciende.

Adoro tus graciosas ondulaciones;  
y el Cordón y la Aguada suelen tenerme  
de explorador en busca de esos rincones  
de ciudad africana que al sol se duerme...

Adoro en esos barrios el incorrecto  
desorden delicioso de su trazado,  
con sus enervadas donde tu aspecto  
de ciudad de provincia se ha embalsamado.

Gozo inefablemente cuando me acerco  
a esos sitios en donde sostienen riña  
el campo que allí queda, perenne y terco,  
y la ciudad, intrusa de la campiña.

Me siento un habitante de aquella casa  
que entra al campo con aire como indeciso...  
o de aquella por sobre la cual rebasa  
el campo en el ramaje de un paraíso.

Me encanta aquella casa de un solo plano  
que a la ciudad y al campo junta y concilia  
con su jardín al fondo donde en verano  
se celebran las cenas de la familia...

.....  
¡Cómo te amo en la gloria de tus mañanas,  
y en tus alucinantes atardeceres,  
y en el mudo llamado de tus ventanas,  
y en los ojos amigos de tus mujeres!

¡Qué placer si yo fuese como un viajero  
que a tus playas desciende sin otro fin  
que el de gustar con ánimo placentero  
de tu tranquilo encanto de gran jardín!

¡Cómo quisiera entonces poder quedarme  
mecido por tus brazos toda la vida,  
ciudad de donde el mundo quiere arrojarme  
hacia no sé qué playa desconocida!

#### DEFINICIÓN

La ciudad en que vivo es una gran aldea  
con sus casitas chatas de techo de azotea  
y su espíritu chato como su arquitectura.  
En fin, que tiene el genio igual a la figura.  
Sin embargo, su vida no carece de encanto,  
el encanto de un sueño quieto, mas no profundo,  
al cual llegan afónicos los rumores del mundo...  
Su ritmo es cadencioso, lento como el de un canto  
de cuna.

Pero aquí gira en tanto  
la diabólica rueda de la Fortuna...

## EL DOMINGO

Con su magnífico traje de oro  
hoy ha llegado el domingo, Manuela.  
Péinate bien los copiosos cabellos.  
Ponte el vestido de todas las fiestas.

Sal a la calle dejando en la casa  
a la gruñona patrona, Manuela,  
que ya el domingo con traje de luces  
y el primo Eulogio en la calle te esperan...

Te llevarán de la mano a la plaza  
e iréis hablando de cosas risueñas;  
verás pasar tus amigas riendo  
elias también con un primo a la vera.

Te ofrecerán caramelos los chicos  
que por la calle y la plaza voccean  
su mercancía colgada del cuello  
con dos bracitos de cinta de hilera.

Te comprará caramelos tu primo;  
se sentarán en un banco muy cerca  
uno de otro, mirando a la gente  
que por la plaza desfila o pasea.

Contemplantán cómo el liliputiense  
*riper* cargado de niños da vueltas,  
tras los dos copos de nieve con cuernos  
de las redondas y mansas ovejas.

Y soñarás con la gloria inefable  
de poseer algún día, Manuela,  
un muñequito de carne de rosas  
que en el trencito pondrás a dar vueltas;

de transportarlo en tus brazos, y tuyo,  
y no como esos que en casa te entregan  
para cuidar, y en los brazos rollizos  
por ser ajenos, tan sólo, te pesan...

Y luego iréis a tomar el tranvía  
para que os lleve en la tarde serena  
a la ruidosa alegría del Parque  
con su inquietud ordinaria de feria.

Os sentaréis en los bars democráticos  
y tomaréis lentamente cerveza  
o en la terraza de la vaquería  
escucharéis la canción picaresca.

Acaso hagáis un paseo fantástico  
encaramados en una cadesa  
de las que al son de un mecánico trueno  
balanceándose van dando vueltas.

Luego saldréis a mirar el Casino  
con su terraza poblada de mesas  
y desde donde tras amplios cristales  
se ve en la sala danzar las parejas.

Y tomaréis de retorno el tranvía  
entre el asalto brutal que le llevan  
cientos de mozos alegres y mozas  
que allí el cadáver del domingo dejan.

Entre los árboles cual flores de oro  
brotan de pronto las luces eléctricas.  
Son los innumeros cirios ardientes  
del funeral del domingo, que empieza.

Tú volverás con el alma florida,  
y al ir tendiendo del amo la mesa,  
allá en el Parque Rodó con tu primo  
en las calesitas irás dando vueltas...

## VIAJE POR LA CIUDAD

### LA CALLE EN LA MAÑANA

En esta azul mañana todo nos es amigo:  
el sol, la nube, el viento, el extraño que pasa.  
La calle está esperándome a la puerta de casa  
ante el umbral tendida, al sol, como un mendigo.

Salto más que desciendo la escalera, y abajo  
me detengo en la puerta titubeando un instante.  
Al encuentro me viene la mañana insinuante;  
pero también me aguarda perentorio el trabajo...

La calle me recibe con muestras de alegría,  
con la polifonía de sus múltiples voces,  
con el agrio rezongo de los autos veloces  
y con el campaneó pueril de los tranvías.

Los canillitas pasan con su vivacidad  
de pájaros de un ala tan sólo, blanca y negra...  
y cuyo grito osado a la inquietud se integra  
del alma de la calle con familiaridad.

Ahí viene el verdulero tambaleante en su carro  
de dos ruedas que tira un famélico rucio  
con las patas muy cortas y torcidas, muy sucio  
el pobre, y no tan sólo de suciedad de barro...

Lo detiene en mitad de la cuadra y expide  
su pregón familiar que atrae a los umbrales  
un revuelo de manos, gritos y delantales  
que él como con imperio de dictador preside.

Dispensa con sus manos legumbres y hortalizas  
y hasta açaramelados piropos con su boca,  
y a veces como haciéndose el descuidado toca  
la floridez de algunas parroquianas rollizas...



“Es un fruto rosado la mañana—me digo—  
que desdeñar no es lógico cuando nos tienta fresco”...  
Un instante indeciso e inmóvil permanezco,  
mas la calle me grita: “Ven a pasear conmigo”.

Y allá voy. Sonriente saludo a las vecinas,  
compro un diario y lo doblo sin mirarlo siquiera,  
acaricio a un chiquillo que corre por la acera  
y miro a todos lados en todas las esquinas...

Me prometo un paseo fecundo en impresiones  
por la ciudad alegre que el gajo sol corona,  
como cuando era niño y hacía la rabona  
dándome veinticuatro horas de vacaciones.

Ante mí se prolongan dos hileras iguales  
de plátanos copudos que fresca sombra extienden  
sobre la acera, en tanto que a los balcones tienden  
temblorosas y abiertas sus manos vegetales.

Allá abajo en el término de una calle apacible  
se ve la línea intensa y azul del mar en calma  
y su visión me pone muy adentro en el alma  
el anhelo de un vuelo, o de un viaje imposible...

Sin recelo le muestran al curioso que pasa  
las puertas y ventanas de las casas de bajo,  
el corazón doméstico, latiendo en el trabajo  
cotidiano y monótono de acomodar la casa...

Van pasando los chicos, camino de la escuela,  
con un aire que tiene algo de circunspecto,  
y me dan tentaciones de traicionar mi aspecto  
correcto y proponerles jugar a la *rayuela*.

#### EL BARRIO POBRE

En un barrio apartado, con terrenos baldíos,  
veo el fondo de algunas miserables viviendas  
que han sacado a empaparse de sol humildes prendas,  
palpitantes entrañas de los cuartos sombríos.

Veo mostrarse a todos, como con impudencia,  
 las estancias más íntimas, los sucios corredores  
 por los que diligentes cruzan los moradores  
 y que las casas suelen ocultar por decencia.

Ver una casa abierta por el fondo equivale  
 a descubrirle a un alma cosas que no decía,  
 sorprender el reverso de una fisonomía,  
 escuchar la palabra que a los labios no sale...

Un terreno baldío... Es como un agujero  
 en el traje de casas de la ciudad; por él,  
 expuesto a la intemperie, al sol, al aguacero,  
 impúdica nos muestra un trozo de su piel.

En él los niños juegan, parásitos divinos  
 y le arañan el cutis con los pies y las manos;  
 le hacen ronchas de polvo y cual grandes gusanos  
 van abriendo en su vello caprichosos caminos...

La calle está empedrada con piedras insensatas  
 sobre las cuales brincan las ruedas de los carros  
 con infernal estrépito de lluvia de guijarros  
 que cayese implacable sobre un techo de latas.

Por las juntas de esas piedras paradójales  
 surge el manojito verde de la gramilla fresca  
 que es una permanente tentación picaresca  
 a establecer los libres potreros comunales...

#### LA HORA DEL DESCANSO

Mientras voy avanzando y dejo al pensamiento  
 fugarse como un pájaro hacia la lejanía  
 escala el sol la cuesta azul del firmamento  
 y los relojes marcan la hora del mediodía.

Suena el pito en lo alto de vecinas usinas  
 y arrojan los porciones bocanadas de obreros  
 que apresurados toman distintos derroteros  
 hacia el cálido aliento vital de las cocinas.

Las obreritas gárrulas dan un extraordinario  
alborozo a la calle con sus voces chillonas  
y en algunas sorprendo las pupilas búscotas  
de la pobre que quiere completar su salario...

No quiero entristecerme; prosigo cabizbajo  
sin rumbo, y de repente al doblar una esquina  
veo tenderse al frente, trepando la colina,  
un tumulto de casas de techo liso y bajo.

Un tranvía que cruza rápido por mi lado  
marcha hacia ese horizonte de ladrillo y ventanas.  
Diríase que tiene el muy bárbaro ganas  
de entrar en una de esas casas por el tejado.

De los zaguanes viene, confiado como un niño,  
un olor de guisados que me convida a entrar  
y de las chimeneas me sale a saludar  
el pañuelo del humo con gesto de cariño...

## EL EXPLORADOR DE SU CIUDAD

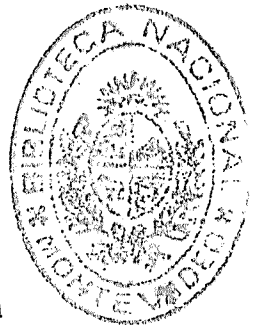
Sigo sin detenerme, sin apresuramiento  
derramando mis ojos sobre todas las cosas,  
dejándome llevar por manos bondadosas  
e invisibles, latentes en el sol y en el viento...

Voy descubriendo aspectos imprevistos, rincones  
ignorados; bellezas disimuladas, y  
encantos de caminos vírgenes para mí  
que he salido de casa en tren de exploraciones.

Yo soy un incansable y audaz explorador  
de mi propia ciudad, y animoso me atrevo  
a descubrirle cada día un tesoro nuevo  
a la luz—eso sí—de mi rayo interior...

## LA CASA DERRUÍDA

Hay allí una casa que el pico derriba.  
La han desmantelado y le han dejado afuera  
los huesos internos de su calavera,  
a la que han quitado la parte de arriba.



Andan los albañiles en torno de ella y son  
como grandes insectos blancos que se deslizan  
sobre el frío esqueleto mientras lo pulverizan  
con sus férreas antenas, zumbando una canción.

#### LA CASA EN CONSTRUCCIÓN

Luego a una construcción casi concluída arriba.  
No tienen los ladrillos revoque todavía,  
y es como un cuerpo humano de atlas de anatomía  
que sin pellejo exhibe su carne al rojo vivo.

#### EL MOTORMAN

Y en tanto voy vagando, feliz, a mi albedrío,  
de un tranvía que pasa, en el mótorman veo  
una expresión tan honda de tristeza y de hastío  
que acibara un instante la miel de mi paseo.

Va el hombre cual si fuese adherido a su coche,  
siendo del engranaje partícula integral,  
condenado a seguir en el día y la noche  
el cauce de un camino invariable y fatal.

Le imponen los dos rieles su inerte despotismo  
y empuñando en su diestra el timón del tranvía  
siente que como un puño la obsesión de la vía  
le impide ser el dueño y señor de sí mismo.

¡Qué ruda tiranía la de las materiales  
cosas que el hombre crea para hacerlas esclavas!  
Ellas en nuestra suerte dominan como bravas  
voluntades eternas y sobrenaturales.

Entre ellas como autómeta mueve el hombre moderno  
su obligatorio paso que extrañas fuerzas guían,  
y en tanto que mil ojos vigilantes lo espían,  
sueña ser fuerte y libre, bajo un dogal eterno...

El mótorman... un hombre amarrado a un camino  
y que se cree no obstante un conductor. Y ¿acaso  
yo que llevo a mi antojo por la ciudad el paso  
soy por eso más dueño de mi propio destino?...

## EL MUNDO

Pero ¡bah! desechemos vanas filosofías  
y démonos del todo al placer de mirar  
por sobre nuestras incurables melancolías  
el paisaje del mundo que se parece al mar.

Se parece en que cambia de aspecto a cada instante  
y es, sin embargo, el mismo, el mismo en lo esencial,  
con su alma misteriosa y voluble y pujante  
y su cuerpo monstruoso, hecho de agua y de sal...

## UN ALTO EN EL CAMINO

En una plaza fresca que hospitalaria ofrece  
el lomo de sus verdes bancos al caminante,  
al amor de los árboles tomo asiento un instante  
junto a un viejo mendigo que dormitar parece.

Reanudo mi paseo fingiéndome a mí mismo  
el viajero curioso que una desconocida  
ciudad va recorriendo, con el alma florida  
y toda transparente de una luz de optimismo.

## LA TARDE

Desciendo hacia la costa. El día ha madurado  
y es ya una tarde de oro viejo con rojas manchas  
que cubren una parte del cielo como anchas  
hojas de flor de loto sobre un río encantado.

De la jaula de piedra de un colegio se evaden  
como pájaros ebrios de gozo los chieucelos  
y por mi lado cruzan en vibrantes revuelos  
con los que la balsámica paz del ambiente invaden.

La calle con su dulce tranquilidad de aldea  
siente, como un hervor de burbujas, la infancia  
que corre, salta, grita y también se pelea  
y en todo pone una deliciosa inconstancia.

Comienzan a animarse en todas las esquinas  
los almacenes donde entre un humo de pitos  
parroquianos que beben y disentan a gritos  
se sacuden la triste niebla de las usinas.

Van brotando las luces como capullos de oro  
ardiente en la penumbra de algunos interiores  
y en humildes comercios se ve a los mostradores  
y a los escaparates descubrir su tesoro.

Llego a la costa. Un faro su mirada encendida  
intermitentemente nos arroja distante.  
Es un puño que se abre y se cierra en seguida  
y cuando se abre muestra en su palma un diamante...

#### EL RETORNO

Doy la vuelta hacia el centro. Ya la ciudad fulgura  
con sus luces fantásticas en las calles centrales,  
sus mágicas vidrieras de suntuosos cristales  
y su vegetación de focos en la altura.

La Avenida: Un latido de autos impertinente.  
Aceras que se mueven con un ritmo de marcha,  
y racimos de focos blancos como la escarcha  
que vierten luminoso zumo sobre la gente.

Un café en la Avenida: es un bosque de mesas  
donde una multitud rumorosa se agita  
mientras que en un tablado ruge, muge y crepita  
una banda entre un báquico meneo de cabezas.

Los cines han prendido sus collares de estrellas.  
Los restaurantes lucen sus blancos delantales  
y las mesas tendidas encienden sus cristales  
para que con su sangre los manchen las botellas.

La Plaza Independencia se tiende a nuestro paso.  
Es un puente. Lo cruzo y estoy en Sarandí...  
En miradas que lucen como estrellas me abraso  
y un instante me olvido de todos y de mí ..

Después vuelvo a mi casa donde un calor de afectos  
y un perfume de cena vienen a saludarme.  
En el umbral me aguardan graves, ceñudos, rectos,  
los deberes del día que abandoné al marcharme...

La calle va arropándose en sombras: siente frío.  
Se prepara a dormir tendida ante mi puerta.  
Dentro de unos instantes quedará como muerta;  
y en las profundidades silentes del vacío

yo encenderé mi lámpara, como Dios un lucero.  
Y en su maravillosa llama de nieve ardiente  
como una mariposa quemaré tesonero  
hasta hacerla cenizas, el ala de mi frente . .

## LA HORA DEL AMOR

Tus puertas, Montevideo,  
y tus pequeños balcones  
tendidos a los costados  
de tus puertas, en la noche  
al terminarse la cena  
ritual en los comedores  
de las familias metódicas,  
florece de caras jóvenes...  
Y comienza en ese instante  
la hora del amor, que pone  
en tu alma un rayo de luna  
y un estremecido acorde  
de guitarras trashumantes  
en manos de trovadores...

Recomienza en tus umbrales  
el diálogo monocorde  
del amor, bajo el gran zarzo  
encendido de la noche.

Paseando por tus calles  
 oigo a esas horas el roce  
 de los élitros del beso  
 vibrando sobre las flores  
 de los temblorosos labios  
 rojos como corazones...  
 Veo pupilas ardientes  
 con miradas como voces  
 que gritan desde una cárcel  
 de cristal ansias y amores.  
 Veo manos que se estrechan  
 y se ocultan como cómplices  
 de un delito silencioso  
 renovado cada noche...  
 Cierro los ojos y creo  
 ver colgar de tus balcones  
 como brazos sacudidos  
 por frenéticos temblores  
 las medioevales escalas  
 que usaba el amor de entonces...

Montevideo, te vuelves  
 Verona todas las noches.

## EL MERCADO

Las huertas vienen desde lejos  
 y se colocan a tu entrada  
 en fila, sobre sus carros  
 que fuertes caballos arrastran.  
 Las narices de las bestias  
 el cristal del ambiente empañan  
 y los grandes carros expanden  
 olores de col y albahaca.  
 Dijéranse grandes pipas  
 que fuman mientras aguardan  
 el momento de volcarse  
 sobre tu gran mano chata.  
 Los quinteros también fuman  
 dormitando sobre la carga...  
 Han andado toda la noche,  
 sobre la carretera blanca  
 con un pesado andar de barcos  
 a vela en medio de la calma.



El chirrido de las ruedas  
 a los perros despertaba  
 todo a lo largo del camino;  
 y se perdían tras la amarga  
 queja errabunda de los ejes,  
 en la noche y en la distancia,  
 los ladridos encadenados  
 de los guardianes de las casas...  
 Así han venido desfilando  
 las ricas huertas, embarcadas  
 en esas naves quejumbrosas  
 hasta llegar a tu ensenada.  
 Han venido atravesando,  
 con su lenta y rítmica marcha,  
 la ciudad aún no dormida  
 que indiferente las miraba.  
 Y en larga fila se pusieron  
 aguardando a que se abran  
 tus portones para poder  
 derramarse sobre tu falda.

Cuando se abren tus portones  
 eres un ogro feroz que traga  
 desde las tiernas hortalizas

y las dulces frutas rosadas  
 hasta los animales muertos  
 que te traen desde la Barra  
 unos altos vagones rojos,  
 rodantes *morgues* de las vacas...

Mas la ciudad viene en seguida  
 y de entre los dientes te saca  
 las legumbres y las frutas,  
 y la carne roja, y la plata  
 palpitante de los pescados  
 que a ti llegan chorreando agua...  
 Los cestos se van cargados  
 en los brazos de las fámulas;  
 y asomarse vemos con sorna  
 por debajo de las tapas,  
 las cabezas de las aves;  
 el manojo de perfumadas  
 lechugas frescas; el pepino  
 de color verde esmeralda;  
 de los ajíes carmesíes  
 la punta encendida y cáustica,  
 como si sacase la lengua  
 a los curiosos la canasta...

Sobre ti se arroja impaciente  
 la gula de la ciudad ávida  
 y en un turbión de picotazos  
 dispersa tus tibias entrañas...  
 Se las lleva por mil caminos  
 a las bocas más lejanas  
 y en pocas horas te desnuda  
 de tu efímera sustancia.

Esos torsos sanguinolentos  
 de bestias descuartizadas  
 que cuelgan detrás de largos  
 mostradores de níveas chapas,  
 en cuyo torno se aglomeran  
 gesticulan, gritan, se afanan  
 los compradores como en una  
 ritualidad sangrienta y bárbara;  
 esos jamones que del techo  
 penden cual gordas peras fantásticas;  
 esos salames fastuosos  
 que entre una funda de plata  
 muestran su rueda variopinta  
 tras la luz de una cuchillada,  
 y tendidos todo a lo largo,

como cuernos de la abundancia  
 van sus discos multicolores  
 vomitando sobre las chapas...  
 'Esas aves que sobre el mármol  
 yacen yertas y desplumadas,  
 blancos cadáveres desnudos  
 con su color de carne humana;  
 esos pescados que retienen  
 en el metal de sus escamas  
 el reflejo de las arenas  
 que las bruñeron bajo el agua;  
 las apetitosas verduras  
 en los canastos esponjadas  
 formando inmensos ramilletes  
 que flanquean de verdes manchas  
 los senderos por donde un río  
 de ruidosos clientes pasa;  
 en fin, las frutas deliciosas  
 sensuales y perfumadas  
 que evocan labios y mejillas  
 y senos de mujer blanca,  
 —aquí los aterciopelados  
 duraznos, y las manzanas  
 tan brillantes y pulidas  
 que parecen de porcelana;

allá las peras como de esmalte,  
de rojo cobre las naranjas—  
todas esas riquezas vitales  
te serán arrebatadas  
a cambio de un mar de monedas  
que se despeñará en tus arcas.  
Y cuando te quedés vacío,  
y el mercader al fin se vaya  
a calcular sobre los restos  
del festín su ganancia,  
desfilarán ante los mudos  
mostradores y las montañas  
de cajones y de canastos  
(que un vestigio tan sólo guardan  
del tesoro que contenían:  
sus espesas aromas agrias),  
errantes sombras ululantes  
cuyos gritos oyen las almas.  
Son las sombras de los hambrientos  
que en la ciudad feroz arrastran  
su miseria como una túnica  
de la cual todos se apartan.  
Son las sombras de los que mueren  
de hambre en medio de la abundancia,  
mientras tú arrojas al vientre  
de la metrópoli tu carga.

Día vendrá en que tu amplio seno  
ha de nutrir a cuantos vayan  
con el derecho de su vida  
y del trabajo que lo exalta,  
a reclamar su parte justa  
de tus milagrosas entrañas,  
que renuevas todos los días  
con mitológica constancia,  
al abrirse en el cielo pálido  
la húmeda flor de la mañana.

## EL PLATA

Río que ciñes a Montevideo  
con tu enorme abrazo, palpitante y frío;  
oceánico río,  
yo crecí escuchando tu hereúleo jadeo\*  
y lates adentro del corazón mío.  
Vaya a donde vaya,  
siempre irá conmigo el poderoso canto  
que entonas tendiendo de espumas un manto  
efímero sobre la arenosa playa.

Río palpitante que ruges y besas,  
tus olas lo mismo  
arrullan y mecen frágiles bellezas  
que levantan naves por sobre el abismo...

Eres un atleta de olímpicos brazos  
que ora hace caricias, ora da zarpazos,  
que tiene en las playas movimientos suaves

y ante leves plantas de mujer se humilla,  
y en tanto en sus hombros conduce las naves  
de una a la otra orilla.

En ti vive un alma de infinito anhelo,  
con varios impulsos, que encanta o aterra...  
Tus aguas a veces son color de cielo  
y son otras veces de color de tierra.

Unes dos ciudades rivales y hermanas,  
hacia donde arriban, de tierras lejanas,  
peregrinos ávidos de oro y bienestar  
que te ven tan grande como el propio mar.

Cósmica avenida, por ti van y vienen  
todos los navíos que cruzan el mar  
y a tus puertos llegan y allí se detienen  
como aves cansadas de tanto volar;  
bareos con su carga de toda riqueza,  
envíos de todos los puertos del mundo;  
y en otro sentido, la ingente remesa  
del campo que besa tu aliento rotundo.

Todas las banderas del mundo tendidas  
sobre ti palpitan en constante vuelo  
de los oscilantes palos suspendidas  
como alas perplejas entre el mar y el cielo.

Buenos Aires vuela en el movable espejo  
de tus ondas una visión colosal  
y en tus ondas flota con ese reflejo  
una imagen de la vida universal.

Sobre la otra orilla, sobre el balanceo  
de ondas menos turbias, más hondas y gratas,  
se esparce la imagen de Montevideo  
con su caserío de casitas chatas.

Y como un coloso de mitología  
del cual son las olas la musculatura,  
abrazas dos urbes con suave energía  
y acercas dos pueblos con mano segura.

¡Oh, fabuloso Río de la Plata!  
Ilusión de riqueza  
para muchos al fin desvanecida,  
en tus costas también circula ingrata  
—con todo su dolor y su tristeza—  
la vida...

Tú no bañas aún tierras sin amos,  
pueblos sin oprimidos ni señores,  
esa felicidad con que soñamos  
tantos empedernidos soñadores.

Pero tus olas cantan a mi oído  
una canción de marejada y viento,  
y por ella mecido,  
quedo como engrillado por tu acento.

¡Canta, coloso, canta!  
Ríe a los pies de tus ondinas locas  
y tu espuma frenético levanta  
a besarles la llama de sus bocas...

Da tu canción inextinguible al viento,  
mientras quedo aguardando en tu ribera  
que te adelantes, clamoroso y lento,  
a cubrirme como una gran bandera...

## VILLA MUÑOZ

Villa Muñoz... De mañana temprano  
esparces a los cuatro puntos cardinales  
tus hombres, tus mujeres, tus niños... En la mano  
llevan las fuerzas materiales  
que hacen girar la rueda de la vida.  
A esa rueda sujetos,  
los aplasta si permanecen quietos;  
pero al darle su impulso permanente  
triturándolos va implacablemente...

Casas de proletarios;  
calles hirviendo en chiecos, que improvisan  
varios partidos diarios  
de *football* en mitad de las calzadas,  
con proyecciones sobre las aceras  
y los vidrios de las moradas.



Barrio de costureras  
 que trabajan para las roperías  
 y abrazando los bultos de ropa  
 como las madres conducen sus crías,  
 detienen a los tranvías  
 para poner su carga en el pescante,  
 como si allí de negro amortajado  
 dejaran el cadáver de sus días  
 muertos, entre monótonos dolores,  
 a puñaladas de la aguja,  
 espina de sus manos, que cual flores  
 secas el puño del trabajo estruja.

Villa Muñoz... Barrio de obreras  
 y de empleadas de comercio  
 que saltan a los trenes  
 ágiles y ligeras,  
 y hacen el viaje en pie, en las apreturas  
 de las horas de entrada y de salida.  
 Villa Muñoz, de ti fluye la vida  
 de la ciudad aún casi dormida,  
 en el pródigo afán de tus criaturas.

De tarde te devuelven los tranvías  
 toda esa carga humana  
 de anhelos e inquietudes  
 con su palpitación de multitudes,  
 que recogió más joven la mañana...

Tras la cena, la calle se transforma  
 en abierto salón del vecindario,  
 que tiene como norma  
 en las noches de estío y primavera  
 sacar las sillas a la acera  
 y hacer al aire libre el comentario  
 de las cosas de casa y las de afuera.  
 Mientras para esquivar reconvenciones,  
 con precaución ladina,  
 las muchachas se van hasta la esquina  
 de a dos en dos, a hablar con los *dragones*.

Villa Muñoz...  
 En la garganta de la urbe tu voz  
 es la del pueblo que produce.

Yo la oigo en los mitines callejeros  
del primero de Mayo,  
o de la huelga general  
cuando pasa el clamor de los obreros  
en cuyos ojos luce  
el fulgor de una llama universal  
y con sus voces plenas  
entonan "La Internacional"  
o el "Hijo del pueblo  
te oprimen cadenas"...

Y llega así, con un acento  
de justicia y humanidad,  
como una ola que impulsa el viento  
hasta la Plaza Independencia,  
la ruda voz de la conciencia  
de la ciudad...

## EL MONUMENTO

Un caballo de bronce que desde Europa vino  
a clavar sus monstruosos cascos en nuestra tierra,  
y va sobre las casas abriéndose camino  
con su elástico trote de palafrén de guerra.  
Sobre el recio caballo, dominador, erguido,  
un "condottiero",  
con la frente desnuda al sol, y perseguido  
por el silbante lazo del pampero.  
Gran impulso de bronce, contenido,  
armonioso, pujante,  
no inmovilices tu vital latido:  
¡Adelante!



## LA PLAZA CONSTITUCION

La Catedral estira como antenas  
sus torres para ver a la distancia.  
Frente a la Catedral luce el Cabildo  
su colonial estampa.  
(Tras el ancho portak, con movimiento  
de lanzadera pasa,  
al pie de la escalera majestuosa  
el blandengue de guardia).

Entre los dos, el Club ríe en el mármol  
y en la línea gentil de su fachada.  
Ante ellos, familiar y recogida  
entre las cuatro calles que la abrazan,  
y como defendida por sus árboles  
del ruido y la inquietud que al borde pasan,  
su placidez de corazón aldeano  
nos ofrece la plaza.

Tiene en el centro una bonita fuente  
candorosa y arcaica,  
con lujo de *puttini* dedicados  
a escupir chorros de agua.  
Tiene bancos en donde a todas horas  
buenos viejitos charlan.  
Y tiene, en fin, un aire íntimo y dulce  
y una tranquilidad hospitalaria.

Dijérase que es uno de esos patios,  
llenos de luz, de las antiguas casas;  
que es el abierto patio de un asilo  
en cuyas lozas blancas  
se acuesta el sol, como domesticado,  
a los pies de los viejos que descansan,  
mientras sobre su tibia piel de oro  
la caricia del viento juega y pasa...

## EL CEMENTERIO CENTRAL

Ciudad de mármol construída  
para la vida de la muerte:  
por tus caminos va la vida  
con silencioso y medroso paso  
temiendo acaso  
que la muerte se despierte...

Los cipreses piramidales  
son como emanaciones espirituales  
que de las tumbas se levantan.  
Con lentos gestos sacerdotales,  
son monjes en los funerales  
que eternamente allí se cantan.

Las aves ponen sus inquietudes  
entre las ramas y abren sus cantos  
como flores sobre los llantos  
las losas y los ataúdes.

La vida, así como un rocío,  
cae palpitante sobre la muerte;  
pero de pronto un viento frío  
pasa acallando el garrulerío  
con su "chist" imperioso y fuerte.  
¡No vaya a ser que en su sombrío  
hueco la muerte se despierte!

## EL BUCEO

Con tu larga avenida de rígidos cipreses  
nos sales al encuentro, insinuante y fatal;  
como una ávida sombra te adelantas y creces  
de todos los caminos en la etapa final...

Los dos temblantes brazos de tu larga avenida  
vienen como a llevarnos para siempre a tu seno,  
cogiéndonos de pronto en mitad de la vida  
acaso en el minuto de la vida más bueno...

Desde tu fondo elevan su gran clamor lejano  
las olas que el pampero casi a tus pies derrama.  
Dijérase que el río, con un lamento humano,  
por tu boca sombría día y noche nos llama.

En ti asume la muerte por eso una tremenda  
voz cósmica que lanza su imprecación perenne  
y exige de la vida que escuche y que comprenda  
el terrible sentido de su acento solemne...

Yo que tengo a mis padres durmiendo en tu regazo,  
también iré a acostarme como el río en tu arena,  
cuando esa tu avenida me estreche con su abrazo  
fatal e interminable como el de una sirena.

## "EL BARRIO INFAME"

Montevideo, tú tienes  
 una llaga asquerosa en un costado,  
 en ese tu costado luminoso  
 que con su gran caricia de agua y cielo  
 inacabablemente lame el Río...

Ella despide fétidos humores  
 en medio a la apacible  
 mediocridad aldeana de tu vida,  
 bajo el claro fanal del firmamento,  
 bajo el cristal vibrátil de tu atmósfera,  
 entre la bonanza de estuario  
 de tus días propicios.

Ella irradia sus pútridos olores  
 por encima de tus jardines  
 —"Montevideo, ciudad de flores"—

por encima de la arboleda  
 de tus parques tranquilos — el Prado,  
 la Avenida Lezica — y de tus paseos  
 urbanos; por sobre las quintas  
 maravillosas  
 del Paso del Molino y Atahualpa.

Ella arroja sus olas de podredumbre  
 a tus playas serenas,  
 que son tu encanto y tu orgullo;  
 y su hedor cubre el impreciso  
 olor del yodo de sus aguas,  
 y del salitre de sus rocas  
 y del calcio de sus arenas...

Una nube sombría se desprende  
 desde esta úlcera infecta  
 y el esplendor eclipsa  
 de los días gloriosos de tus playas  
 que abren la nívea curva de su abrazo  
 hacia el Sud y hacia el Este  
 como en un perenne llamamiento...

¡Oh exposición mundana de Pocitos  
 en la delicia de las tardes cálidas!  
 ¡Oh bulliciosa aglomeración de feria  
 en la breve "Cony Islam" de Ramírez!  
 ¡Oh inolvidable dispersión de ondinas  
 en la vasta planicie de Carraseol...

Esa nube se eierne  
 sobre el brillo diabólico  
 de tus casinos insensatos,  
 donde la rueda de la Fortuna  
 gira en torno de un eje inmóvil,  
 domesticada, amaestrada  
 como un caballo de circo  
 corriendo en el picadero...  
 Rueda implacable, pasa  
 sobre la felicidad y la vida  
 de mil y un desgraciados.  
 Atropella, derriba, tritura...  
 y sigue su marcha de vértigo  
 sobre los cadáveres...

Esa nube lo cubre todo.  
 Yo la veo ceñir en la altura

todas tus torres; tenderse sobre el Cerro  
 con su candorosa fortaleza,  
 y envolver las cruces de hierro  
 de tu catedral... ¡Es tu aureola!

Montevideo,

tú tienes

un barrio infame,  
 tu *suburra* anaerónica  
 donde exhibes,  
 como un mendigo su muñón,  
 el vicio!

## II

Es un barrio marítimo,  
 donde arrojan el vómito  
 de sus apetitos bestiales  
 los viajeros de paso;  
 los marinos beodos;  
 los corredores de comercio  
 que vuelven de campaña;  
 los comerciantes que llegan  
 a hacer sus compras en la urbe;  
 los jóvenes divertidos  
 con el ansia carnal  
 todavía frenética  
 y el paladar fácil;  
 los estudiantes cuando andan  
 de jolgorio nocturno;  
 los paisanos que traen  
 de la estancia o la chacra  
 una ingenua curiosidad  
 de placeres urbanos;  
 --los troperos con sus altas botas  
 y su andar penduleante  
 y sus cuerpeadas al hablar

como si estuviesen barajando  
 con el facón; los tímidos  
 chacareros, que caminan  
 como tropezando con los terrenos--  
 todos los que necesitan  
 desbravar por poco dinero  
 su instinto viril, y todos  
 los militantes de la crápula  
 sexual (los "canfles", los rufianes,  
 los "maquereaux"). Mercado  
 horrible del placer encanallado;  
 feria del vicio genésico;  
 "bolgia" de comercio y lujuria;  
 ciudad de abominaciones,  
 hermana de Sodoma y Gomorra,  
 ¿cuándo las llamas bíblicas  
 harán de ti un puñado  
 de cenizas?

## III

Sus casas son hediondos antros  
 de mercantil lascivia;  
 almacenes de goce bestial,  
 con cancelos de vidrios de colores

o puertas con ventanillas  
 atisbadoras  
 por donde surge obsceno  
 el reclamo de las reclusas.  
 Conventos son  
 de la demoníaca Orden  
 de la Prostitución.  
 Tras esas puertas transparentes  
 aguardan al parroquiano  
 lamentables vendedoras de amor,  
 pintarrajeadas como payasos;  
 algunas, jóvenes, ya estrujadas  
 como esponjas en puño de gañanes;  
 otras, disimulando  
 malamente la edad  
 bajo el carmín y el albayalde,  
 luciendo todas ellas  
 en los labios purpúreos  
 risas inconscientes y mecánicas  
 como de autómatas con cuerda.  
 ¡Son las máquinas de carne y hueso  
 de la industria del amor!  
 ¡Oh, el horror de esas casas  
 y de esas vidas! ¡Oh, el Destino  
 de esas esclavas sobre cuyas carnes

circulá el sucio e implacable río  
 de la lujuria, que las va arrastrando  
 inexorablemente al hospital!

¡Qué enorme conmiseración  
 brota hacia ellas de mi corazón!  
 Viven en una feria permanente  
 en que se exponen como bestias  
 para ser alquiladas  
 por el vicio impaciente  
 y grosero. Una ola  
 de concupiscencia brutal  
 las envuelve y sacude  
 noche y día. Esa ola  
 descende, como a un albañal,  
 desde los cuatro puntos cardinales  
 de la metrópoli. Allí se desagota  
 en un perenne remolino  
 ruidoso y maloliente  
 la inundación de crápula que baja  
 de todas las colinas de la urbe.  
 Acaso fué por eso  
 que se llamó "La Olada"  
 a ese barrio afrentoso  
 de Recinto y Yermal...

En las esquinas  
 sórdidos cafetines  
 —donde una concurrencia de “bacones”  
 con sus gachos sobre los ojos,  
 sus roneas voces y sus quiebros,  
 pone una animación algo sombría,—  
 arrojan a la calle  
 el bostezo del bandoneón...

Igual

a un perro castigado  
 que al huir se lamenta,  
 de allí se escapa el tango quejumbroso,  
 que va a tenderse como un ebrio,  
 a la puerta de los lupanares,  
 donde rumiando sus pesares  
 con laxitud sensual  
 torpemente musita:

“Milonguita”,  
 los hombres te han hecho mal...”

## IV

Montevideo, tú tienes  
 una llaga asquerosa en un costado.

## MÚSICA EN LA PLAZA

Altos edificios  
 en grandes escuadras  
 forman las paredes  
 rectas de una caja.  
 El cielo allá arriba  
 le sirve de tapa.  
 Dentro—con sus árboles  
 y sus verdes palmas,  
 y sus bancos donde  
 los viejos descansan,  
 y el mullido césped  
 y la balaustrada  
 mirando hacia el norte;  
 su escalera blanca  
 tendida a la calle  
 como una cascada;  
 y su cochecito  
 de ovejitas blancas;



sus corros de niñas  
que brinean y cantan,  
y en el mismo centro  
la columna blanca  
por una estatuilla  
negra coronada—  
tal como un juguete  
está la plaza.

Hoy es un juguete  
con música. Estalla  
de pronto el metálico  
trueno de una banda.  
Una algarabía  
surge y desparrámase,  
de notas alegres,  
por toda la plaza.  
Son como millares  
de pájaros que andan  
saltando y cantando  
por entre las ramas.

Los sonos rebotan  
dentro de la caja

con una insistente  
y honda resonancia.  
Es la plaza entera  
que vibra y que canta,  
con su almita ingenua  
de niños y viejos,  
en la tarde clara.

La plaza es un ave  
que dentro esa jaula  
de cristal y oro  
que es la tarde plácida,  
con su almita ingenua de niños y viejos  
canta, canta, canta...

## EL TRANVIA DEL NORTE

Toda una evocación del tiempo viejo!  
 Con trepidar de claudicante  
 barraca trashumante,  
 al trote desgano de sus fieles  
 matungos con collar de cascabeles,  
 va sobre las muletas de sus rieles.

En pie sobre el pescante  
 el cochero de vez en cuando hostiga  
 a los caballos con un latigazo  
 que tiene más de abrazo  
 que de castigo. El lazo  
 flagelador por un instante inquieta  
 —pero no mucho— a la trinidad equina.  
 Luego, otra vez, el pesenezo declina,  
 y vuelve al tranco la pata maceta...

Al llegar a la esquina  
 es un pájaro el tren que canta y trina  
 con la gangosa voz de una corneta.

Y prosigue su viaje sin premura  
 hasta el desvío, donde se apresura...  
 a frenar, el cochero;  
 y como una barcaza fondeada  
 en medio del arroyo, permanece  
 en una larga espera amenizada  
 por el *tin tin* del "cadenero",  
 que sacude el collar cascabelero  
 mientras todo el tranvía se adormece...

Se reanuda la marcha, sin premura...  
 Pero, de pronto, surge la aventura;  
 en el pescante pónese derecho  
 el auriga para incitar mejor.  
 Llegamos al repecho,  
 y se adelanta el cuarteador.  
 La casilla rodante da un respingo  
 cuando el hombre de lo alto de su pingo

con el arpón la ensarta  
y tira de ella tras "la cuarta".  
Extienden los pescuezos abatidos,  
en un impulso, los matungos flacos,  
pero adelantan a muy duras penas,  
entre una nube de ruidos  
de herraduras y de cadenas,  
y una explosión de "tacos"  
que saltan como tábanos mordientes  
de la boca sin dientes  
del conductor, que erguido en el pescante  
sacando el busto afuera,  
con actitud de olímpico tirano,  
extendiendo la diestra hacia adelante,  
su látigo restalla a la manera  
del manajo de rayos en la mano  
de Júpiter tonante!

Después... Se aparta el cuarteador.  
Vuelve a sumirse el tren en su pereza  
como en su concha el caracol.  
Y como el caracol sigue arrastrando  
su casita y dejando

detrás de sí, largamente tendidos,  
los dos rieles bruñidos  
que brillan y semejan  
el rastro que los caracoles dejan.

## PASO DEL MOLINO

Jardines, jardines... Ensueño y encanto  
del romanticismo de los parques viejos,  
donde a todas horas se oye como un canto  
de trémulas voces que vienen de lejos...

El Pasado alienta bajo aquellas hojas  
que renueva el tiempo en la perenne rama,  
y hay como un susurro de ocultas congojas  
cuando el viento llega y su inquietud derrama.

Mezcla de alegría y de melancolía...  
Los bellos jardines suntuosos, en flor,  
ponen en los ojos visión de alegría,  
pero el alma queda rumiando un dolor,

Es el vago aliento de las viejas cosas  
que se han impregnado de nosotros mismos,  
en aquellos años de esperanzas mozas,  
de amores ardientes y heroicos lirismos,

y que al encontrarlas, tras lo que viajamos,  
vamos viendo en ellas cómo se marchita  
el alma—nuestra alma—que en ellas dejamos  
y es hoy un cadáver que no resucita.

Esas cosas viven a veces lozanas.  
Arboles, florecen cada primavera.  
Casas, se reforman, y aun lucen ventanas  
—claros ojos—donde siempre arde la espera...

Más el alma nuestra que en ellas pusimos,  
hoy cuando pasamos nos mira pasar  
con extraño rostro, que nunca le vimos,  
y un rictus de muerte que mueve a llorar.

¡Oh, qué honda tristeza, vernos a nosotros  
mismos contemplándonos desde otra región,  
siendo otros por siempre, para siempre otros,  
aunque no envejezca nuestro corazón!

Por entre las verjas hacia adentro miro  
con una nostalgia incenarrable y honda;  
y va hacia la fronda mi alma en un suspiro,  
que es ave y se queda cantando en la fronda.

Miro... Por las sendas que cubre el balasto  
vienen a mi encuentro las niñas que amé.  
Luce en sus pupilas un anhelo casto  
y en su piel la seda de las rosas té.

Yo también tras ellas vago por la quinta.  
Una flor a Clara y un beso a Leonor...  
¿Litigio? Lo transa mi equidad sucinta:  
doy el beso a Clara y a Leonor la flor.

¡Oh, el dulce recuerdo de las estivales  
noches en que fuimos a soñar y amar  
entre un perfumado aliento de rosales  
y junto a unos ojos verdes como el mar.

Muchachas parleras iban y venían  
llenando de trinos la calle Agraciada;  
con sus bellos ojos, ¡cuánta luz ponían  
en la acera, entonces mal iluminada!

Eran como flores con alma y con vida  
—carne de azucenas, lirios y jazmines—  
como encarnaciones del alma evadida  
de aquellos profundos y quietos jardines.

Sigo mi camino. Me interno en el Prado.  
Cascadas de rosas en la Rosalera.  
Luego, el Miguelete, que corre pausado  
entre verdes sauces de harta cabellera.

¡Tardes de otros días de descanso y fiesta,  
cuando nos reuníamos cerca de la fuente,  
a escuchar un poco la voz de la orquesta  
y a mirarnos mucho, puestos frente a frente!

Encantos de cosas pasadas y encantos  
de bellos jardines jóvenes y actuales,  
se funden en uno, como en esos cantos  
que aunque son alegres, son sentimentales.

Paso del Molino... Vieja burguesía  
que enterró fortunas en el encantado  
barrio veraniego de una "Signoria"  
con su libro de oro: de oro amonedado.

Tus rejas encierran como prisioneros  
que en cantos florecen de vida y salud,  
a las viejas quintas de verdes canteros  
que están a la orilla de toda inquietud,

.....  
¡Paso del Molino! Cuando en mi camino,  
cargado de flores te vuelvo a encontrar,  
me interno en tus calles como un peregrino,  
y frente a tus rejas me pongo a soñar.

## EL BAÑO

Hoy he vuelto del baño  
con las carnes tostadas por el aire y el sol;  
con los cabellos polvoreados de arena.  
A mis oídos traigo pegado un caracol  
donde la mar resuena  
con su perenne arrastre de zumbidos.  
Traigo toda la mar en los oídos...

Al salir a la playa,  
obstinada la mar me perseguía  
con el blanco mordiseo de su espuma.  
De su seno emergía  
desnudándome de agua y arrastrando  
detrás de mí girones de la fría  
túnica de sus ondas. Cuando  
un nuevo paso hacia la orilla daba,  
parecía que tras de mí tiraba  
de todo el mar que me siguió bramando.

Se desprendía de mis carnes, roto  
en gotas que bañaban las arenas  
y evaporaba el sol con el castigo  
de sus irradiaciones,  
inyecciones de vértigo en mis venas;  
pero el hecho es que el mar salió conmigo  
y aquí lo traigo en las palpitaciones  
de mis carnes morenas.

Siento en mis labios el sabor salobre  
de sus besos, y sobre  
mi piel velluda el enconado diente  
del sol; y además siento  
rozar la tibia comba de mi frente  
el aletazo rítmico del viento.

El mar me ha perseguido con su aliento.  
Lo siento a mis cabellos adherido;  
de todo el mar se penetró mi vida;  
por mi epidermis su contacto pasa,  
y siento a ese contacto renacida  
mi fuerza espiritual, como una brasa.  
Su clamor, su clamor muerde mi oído!...  
Es que el mar me ha seguido  
como un perro fantástico hasta casa.

## SUGESTIONES DE LA CALLE

Es de noche. Las casas de la calle en que vivo  
silenciosas y ciegas, me flanquean el paso  
como extraños gigantes que me fuesen hostiles.  
¿Por qué? ¿Por qué esa insólita expresión de tristeza,  
de gravedad adusta que jamás les he visto?  
La fría luz de luna de los arcos voltaicos  
se estrella en las paredes y se derrama en ellas  
cubriéndolas de un pálido y levísimo estuco.  
Un manotón del viento hace danzar los focos  
y su luz oscilante a las mudas fachadas  
abofetea... Lejos, un auto da un gangoso  
bufido de bocina. Y atropella las sombras  
con el mágico  
resplandor de sus dos ojos veloces,  
dejando tras su paso una esteira de ruido  
que en seguida se apaga... El silencio remonta  
como la alta marea y se extiende a distancia

por el cauce profundo de la calle. Contemplo  
las persianas herméticas, los balcones curiosos  
asomándose cautos sobre el vacío. Las  
puertas inhospitalarias...

La vida se ha replegado tras esos altos muros  
como el caracol en su concha.

¡Oh, el terrible egoísmo de las casas cerradas  
en la noche! No oyen, no ven, no sienten  
lo que fuera palpita, o solloza, o se arrastra.

La blancura marmórea de los umbrales tiende  
debajo de las puertas una risa sarcástica.

Allí, sobre su duro regazo, los pilluelos  
sin pan ni techo, han de poder tenderse  
a reposar, mientras el crudo Invierno  
los castiga a través de sus harapos.

Esos umbrales son en este instante  
toda

la hospitalidad de esas viviendas  
para el que pasa... ¿Y luego?

Cuando al volver el día, como brazos  
se abran las puertas, ¿brotará del seno  
de esas habitaciones claro chorro  
de agua samaritana, la fraterna  
cordialidad que ansía el extranjero?



O se alzará implacable  
 de su interior la sombra  
 del egoísmo sin piedad, que tiene  
 algo del ángel bíblico  
 de flamígera espada,  
 guardián incommovible  
 del Paraíso Terrenal? ¡Callemos!  
 Lo cierto es que de día  
 las casas ven, hablan, florecen,  
 y arrojan a la calle  
 bocanadas de niños y de músicas...  
 Un hombre pasa por mi lado. Llega  
 frente a una puerta, se detiene y abre.  
 La hambrienta boca de la casa muda  
 se lo traga y se cierra  
 con un sonoro golpe de mandíbula.  
 Más allá, muy borracho, otro vecino  
 hablando solo y dando cabezadas  
 la esquiva cerradura picaea  
 con la llave, y sacude los batientes.  
 El sereno, que ya lo ha visto, acude  
 en su ayuda, y de paso  
 prueba la resistencia de las puertas  
 con un empujoncito de la mano.

celoso vigilante  
 de la fidelidad de los cereados.  
 Yo también me dispongo  
 a penetrar en mi refugio. Y mientras,  
 una ráfaga viene, soplo del mar, palpando  
 las puertas, las ventanas,  
 con la invisible mano  
 de un amante impaciente,  
 de un sereno nervioso,  
 de un cósmico vecino,  
 trasnochador y ebrio,  
 que después de vagar hora tras hora  
 por lejanos lugares,  
 asaltando jardines,  
 saltando muros y violando alcobas,  
 besando largamente  
 muchas ardientes bocas de mujer,  
 acariciando senos desnudos y vibrantes  
 en las playas remotas,  
 despeinando fluviales cabelleras,  
 hojeando audaz e impúdico femeninos encajes,  
 desbaratando castas vestimentas,  
 vuelve, por fin, cayéndose de sueño,  
 y urge con la impaciencia de su mano  
 las puertas del hogar, puro y tranquilo.

## LA VILLA DE LA UNIÓN

Melancólica Unión, puerto y remanso  
 de la corriente de la vida urbana,  
 donde encuentra el espíritu descanso  
 en medio de una dulce paz aldeana.  
 Yo amo de tu salud el pulso manso  
 y este aroma de hierba mejorana  
 que aspiro con fruición mientras avanzo  
 al azar de esta calle, en la mañana.  
 Entro en tu placidez como en un hondo  
 lago impalpable que el cielo refleja  
 y mi inquietud espiritual escondo  
 en tu alma bondadosamente vieja.  
 Esta complicación que está en el fondo  
 de mi vida disípase y aleja  
 cuando veo brillar rubio y redondo  
 el sol en el confín de la calleja.

A mi paso sonora se levanta  
 —en los vulgares y apacibles ruidos  
 con que tu vida de villorrio canta—  
 la voz de tu pasado en mis oídos.  
 Toda tu historia entonces se adelanta  
 como en una ilusión de mis sentidos  
 y me transporta hacia los tiempos idos  
 en una absurda realidad que encanta...  
 Toda tu historia viene a mi conjuro  
 y me descubre tu psicología,  
 las causas de tu actual melancolía  
 y de ese tu ademán leve, inseguro...  
 Rival de Nueva Troya fuiste un día.  
 Oribe hizo de ti puerto seguro  
 y adueñóse de tu ánimo un oscuro  
 pensamiento de megalomanía.

.....

Gozaste lustros de esplendor. Tuviste  
 alegres horas, de bullicio llenas,  
 de las que guardas un recuerdo apenas  
 en tu alma deliciosamente triste...  
 En las tardes de toros te vestiste  
 como una maja de crechias morenas.

y claveles y rosas y azucenas  
 en tu corpiño, bajo el sol luciste.  
 Todo aquello pasó; però perdura  
 en tu sonrisa un inefable encanto  
 y se oye en tu silencio como el canto  
 de aquella juventud, sangre y leucra.  
 Todo habla en ti de la anterior ventura  
 y hay en ti cierto orgullo, bajo un manto  
 de vida filosófica y oseura.  
 Tienes como un regazo en el pequeño  
 refugio de tu plaza, maravilla  
 de placidez, donde hace nido el sueño,  
 y donde el alma a dialogar se entrega  
 con las amables sombras del pasado  
 que nos saludan tras el cortinado  
 de una vetusta casa solariega...

Mas cruza tu quietud de parte a parte  
 la ancha avenida que del centro llega  
 y es como un río por donde navega  
 el progreso que viene a perturbarte.  
 Se prolonga por ella hasta tu seno  
 la urbe febril, mercante y preocupada,  
 que te atraviesa como una estocada  
 y entra en ti con su afán y su veneno.

Te atropellan ruidosos sus tranvías  
 y el relámpago de los automóviles  
 que son como un insulto a los inmóviles  
 semblantes de tus viejas atonías.  
 Contrariado tu espíritu se interna  
 y refugia en las calles apartadas  
 que aún no han sido del todo profanadas  
 por los signos de la vida moderna.  
 Se asoma con frecuencia, sin embargo,  
 a esa intrusa corriente de progreso  
 en el rostro de algún vecino obeso  
 que nos mira, tomando un mate amargo.  
 También con una gracia de paloma  
 en tardes de verano y primavera,  
 en la belleza lánguida se asoma  
 de las muchachas que andan por la acera.

Melancólica Unión, serena fuente  
 en que mi corazón bebe el olvido  
 y donde hasta la cósmica corriente  
 del mundo se adormece en un latido.  
 Aquí es el tiempo menos impaciente;  
 aquí se hace rumor, música, el ruido,  
 y hasta el viento que roza nuestra frente  
 dijérase un sollozo contenido...

## EL PASEO EN TRANVIA

El tranvía eléctrico tiene algo de nave  
 con su vasto vientre y su impetuoso andar.  
 Yo me embarco en uno y en la borda tomo  
 asiento y me asomo  
 a mirar afuera con el gesto grave  
 de un lobo de mar...

Por la ventanilla arrojo hacia afuera  
 mi espíritu ansioso, como un aparejo,  
 para hacer mi diaria pesca de impresiones.  
 Saludo a un amigo que va por la acera,  
 y mientras me alejo,  
 me hace con la mano recomendaciones

Más allá, ruidosos y audaces letreros  
 me gritan su rudo reclamo al pasar.  
 Los escaparates se asoman arteros

al paso confiado de una muchedumbre  
 que todas las tardes siente la costumbre  
 de en las calles céntricas echarse a vagar.

Y luego en las puertas y en los balconitos  
 de las casas bajas, la contemplación  
 de rostros bonitos  
 con ojos que a veces en su transparencia  
 tienen el misterio de una confidencia  
 y el tierno abandono de una confesión...

Nos cuentan, sin duda, congojas calladas;  
 secretos ensueños, ansias de volar,  
 y a los que pasamos en rauda carrera  
 parecen gritarnos con hondas miradas:  
 "Hévame a tu vera!"  
 Y al ver que seguimos, lloran sin llorar...

Un campanillazo cae desde la altura.  
 Sube una elegante señora muy blanca  
 y atraviesa el coche con desenvoltura,  
 eludiendo el roce de groseros brazos.  
 El guarda tirando de un cordel arranca  
 nervioso del techo dos campanillazos.

Recojo mi pesca de impresiones varias  
por todo el trayecto, y con el alma fresca  
desciendo en llegando a mi habitual destino.  
Vi las mismas cosas que en mis giras diarias,  
pero cada día traigo nueva pesca,  
pues siempre algo nuevo me dice el camino.

## EL GUARDAHILOS

A lo largo del mástil vibrador del teléfono  
sube el hombre con ágiles movimientos de acróbata,  
y en su ascensión ansiosas le siguen nuestras miradas.  
El viento ha enmarañado la alta red ululante  
de los hilos por donde circulan las palabras  
como invisibles gotas que arrastra la invisible  
corriente eléctrica; y el hombre  
va a reparar el daño,  
a poner nuevamente  
en circulación el verbo de la Ciudad,  
detenido, enredado en esa enercujada  
de alambre.  
Sube! Sube, valiente obrero!  
que llevas el tesoro de tu vida  
a exponerlo en el riesgo de la útil ascensión.  
Ten firmes las manos y los pies  
en los hierros donde te apoyas,

y ten firme la cabeza sobre los hombros.  
 ¡Que las alas del vértigo  
 no te nublen los ojos, ni te rocen la frente!  
 Cuando estés allá arriba  
 no mires hacia abajo; mas — eso sí — contéplate  
 más alto que las casas de los ricos, y siéntete  
 un poco hermano de las aves; luego  
 reata los metálicos hilos por donde viaja  
 la voz humana; y cuando  
 la invisible corriente reanude  
 su milagrosa fuga por el cauce  
 de acero, hasta tus manos  
 acaso llegue el estremecimiento  
 del alma que palpita en esa fuga.  
 Y sentirás así bajo tu puño  
 el vago corazón de la ciudad.  
 ¡Cuántas angustias,  
 cuántas alegrías, cuántos engaños,  
 cuántas inquietudes, cuántas falsas promesas  
 desfilarán en ese corto instante,  
 como un collar de incoercibles cuentas,  
 entre tus dedos, forjador oscuro  
 de maravillas cotidianas  
 y banales portentos!

Oh dios vulgar y humano  
 que das vías de acero al pensamiento  
 y cerniéndote un instante  
 sobre nuestras cabezas  
 y atrayendo como un enorme pájaro  
 nuestra atención al acercarte a las nubes,  
 abres con un golpe de llave  
 las esclusas de la palabra,  
 para que su corriente rumorosa  
 se precipite de un extremo al otro  
 de la ciudad: desciende  
 a ser entre la nube de los hombres  
 una modesta gota  
 que por los albañales de la vida  
 corre a perderse inadvertida  
 en el mar...

## EL CONVENTILLO

Es la protesta sordida contra el bello palacio  
 que amontona riquezas en dilatado espacio  
 para delectación de unos cuantos felices.  
 Ese palacio tiene sus oscuras raíces  
 en el antro agresivo que hacina la miseria  
 en una obsesionante y escandalosa feria  
 de suciedad, de harapos, de consunción, de horrible  
 promiscuidad en donde la corriente invisible  
 de las enfermedades circula en permanente  
 asechanza tendiendo sus lazos a la gente  
 que allí busca el abrigo de un techo y un solar  
 donde poder echarse de noche a descansar.

Largo zaguán sombrío que anuncia una emboseada,  
 al casillero de hombres da inconfundible entrada  
 desembocando en un patio de Monipodio  
 que es galeoto de amores e incubadora de odio.

Tiene de plaza pública en donde se congregan  
 a cambiar dos palabras los que salen o llegan  
 y en donde se reúnen a lavar y charlar  
 —a disputar a gritos y también a cantar —  
 las gárrulas vecinas que andan con sus chicuelos  
 tal como las gallinas rodeadas de polluelos.

Tiene algo de cubierta de navío en el puerto,  
 con la ropa tendida sobre el gran patio abierto  
 en las cuerdas que cruzan de baranda a baranda,  
 y con la cual el viento baila una zarabanda.  
 En los días de sol saca la ropa afuera  
 el conventillo y pintorescamente se embandera.  
 Escaleras de hierro trazan su oblicuidad  
 contra el fondo de un muro cubierto de humedad.  
 En las piezas oscuras de pisos claudicantes  
 y paredes mugrientas y techos inquietantes,  
 viven amontonadas numerosas familias  
 que allí duermen y comen, o lloran sus vigiliadas...  
 ¡Y es esa la vivienda de los trabajadores  
 que elevan la suntuosa casa de los señores!  
 De allí todos los días salen para el taller  
 hombres, mujeres, niños y hasta el anocheecer  
 no vuelven. De allí sale, cuando aún es noche oscura  
 a recorrer las calles la débil criatura

que vendiendo periódicos ya se gana la vida  
y en plena infancia aprende toda ciencia prohibida...  
Allí se ve al inválido que mendiga andariego  
y a la costurerita de Evaristo Carriego.

Si el palacio es la cumbre, él es un negro abismo  
que al pie de la montaña anuncia el cataclismo  
y como un can monstruoso de hambre devoradora  
está pronto a engullirla. Es llegada la hora  
de impedir que la sombra de los palacios hunda  
la habitación del pobre en la noche profunda...  
¡Casa digna del hombre, por siempre redimido,  
tengan todos los hombres, como las aves nido!

## LOS BALDES DEL CIELO

Levanta al cielo la iglesia  
sus dos brazos  
para aprisionar el vuelo  
de los astros.

Sobre su dorso la cúpula,  
inmensa copa de mármol,  
es quizás una ventosa  
que el mismo Dios le ha aplicado...  
De las cumbres de las torres  
saltan de pronto vibrando  
dos largas copas de bronce  
que al volverse hacia lo alto,  
sumergiéndose en las ondas  
del ambiente diáfano,  
se llenan de azul de cielo  
para al descender, volcarlo



como un impalpable vino,  
divino jugo de astros,  
sobre la cabeza de  
los que aquí en la tierra estamos.

Campanas, copas de un brindis  
fantástico!

Baldes de bronce que penden  
sobre el brocal recto y alto  
de un pozo de donde extrae  
con la fuerza de sus brazos  
sonidos el campanero  
para encima derramarlos  
de la ciudad en un riego  
tembloroso, entrecortado,  
que se esparce por el aire,  
resbala por los tejados  
y salpica finalmente  
nuestros cráneos...

Campanas, baldes de bronce!  
Baldeando, baldeando  
hoy estaba el campanero  
la bóveda del espacio.

--No te afanes! Nó te afanes!  
yo le grité desde abajo,  
porque ya hace mucho tiempo,  
campanero, que han quedado  
vacíos para las almas  
esos baldes con badajo.  
El agua ya no refiencen  
pues los han agujereado,  
con sus lanzadas el sol,  
el siglo con sus flechazos.

Cesa, cesa, campanero,  
de baldear el espacio,  
porque el agua de tus baldes  
pone herrumbrosos los astros  
y cuando cae a la tierra  
a las plantas hace daño.

Deja, deja campanero,  
las campanas boca abajo...

## SEMBLANTE DE MI ALDEA

Tu rostro somnoliento, inexpresivo, atónito,  
sin gestos que nos digan de tu vida interior  
es como el rostro impávido de esas razas salvajes  
que son casi insensibles al placer y al dolor.

Y cuando en Primavera brota el verde follaje  
con que árboles esbeltos te resguardan del sol  
diríase la barba que le ha brotado al rostro  
dejándole en los ojos la misma inexpresión.

## LA FIAMBRERA

*(Semblanza humorística)*

Montevideo está como encerrado  
en una tupida red de alambres  
que nos recuerda ese enrejado  
con que se cubre a los fiambres...  
Entre las líneas paralelas  
de los telefónicos hilos  
que cual bordonas de vihuelas  
en lo alto zumban intranquilos,  
y cuando el viento los azota  
dan una voz que ruge y clama,  
está a manera de una nota  
dentro de su pentagrama.  
Bajo esa red que el viento altera  
y lanza al aire sus voces foscas,  
nos movemos como moscas  
dentro de una fiamblera...

## EL ARROYO SE HA VUELTO LOCO

Hoy ha salido a pasear  
el arroyo por el sendero  
que le conduce hasta la mar,  
y se pone a retozar  
como un chiquillo el majadero.

Salpica de frescas gotas  
las flores de la ribera  
y le humedece las botas  
de raso a la Primavera.

Recorre todo el camino  
burlándose del paisaje  
que remeda el muy ladino  
copiándolo al esfumino  
en su diminuto oleaje.

Se trepa sobre unas rocas  
que le salen a la cruzada,  
da unas volteretas locas;  
rompe en una careajada  
e improvisa una cascada  
saltando sobre las rocas.

Escandaliza el contorno  
con su voluble comentario  
y utiliza como adorno  
de su vestido estafalario  
unos verdes camalotes  
que ostenta como medallas,  
y con los juncos da de azotes  
a una garcita que usa mallas...

El arroyo está incorregible  
con su espíritu retozón.  
¡Hasta quiere "l'enfant terrible"  
hacer del puente sumergible  
una lanchita sin timón!

Lo tendremos que castigar.  
De esa misión la mar se encarga:  
¡Cómo la va a encontrar de amarga  
cuando la quiera ir a besar!

## MONTEVIDEO EN ESTIO...

Montevideo en el estío  
es una fresca flor sensual  
estremecida sobre el río  
que la refleja en su cristal.

Montevideo es una fruta  
que largamente lame el sol,  
con lengüetazos de oro vivo  
más que con gula, con amor.

Montevideo es una fruta,  
fresco pezón que vierte miel,  
para quien tiene buenos dientes,  
dientes de plata con qué morder.

Tiene la luz de sus mujeres,  
de sus playas la tentación,  
y en sus rincones deliciosos  
besos de sombra y miel de sol.

Mas no obstante la seductora  
frescura de su color,  
tiene gusanos esa fruta  
escondidos en su interior...

## LAS CHIMENEAS

Chimeneas,  
¡con qué honda pavora  
contemplé, de niño, vuestra faz oscura  
surgir inquietante en las azoteas!...  
Os creí fantasmas, y mejor, espías  
que a los interiores  
de todas las casas de lo alto atisbaban  
adustos, humanos y escudriñadores...  
¡Qué sacros terrores  
en aquellos días  
cuando os derrumbaban,  
entre mil clamores,  
del viento las rachas furiosas y frías!  
Chimeneas:  
vigilantes sombras de las azoteas;  
negras atalayas; genios tutelares;  
númenes terriblemente familiares;

inmóviles brujas, como brujas feas,  
 que de los tejados y las azoteas  
 arrojáis al aire vuestro horrible aliento,  
 todavía siento  
 yo no sé qué extraña sensación delante  
 de esa vuestra oscura figura inquietante...

Y en cuanto a vosotras  
 altas chimeneas,  
 altas chimeneas rojas de la usina  
 otras  
 son las sensaciones y otras las ideas  
 que ante la solemne majestad divina  
 de vuestra silueta, me asaltan... Os miro  
 y pienso y suspiro...  
 Sois como la trompa  
 de esos grandes monstruos de piedra y de hierro  
 que devoran hombres, que en el fosco encierro  
 de sus amplios vientres digieren la vida  
 de una muchedumbre triste y dolorida.  
 Y así el humo denso  
 que sobre vosotras se queda suspenso  
 en el infinito, a mí se me antoja  
 hálito, sollozo que al azul arroja

el alma doliente que allí dentro cruje  
 y unas veces gime y otras veces ruge!

Chimeneas de hogares pequeños,  
 que, como un suspiro de sombra, a la altura  
 el humo, alma oscura  
 de los toscos leños,  
 enviáis, benditas ¡mil veces benditas!  
 En las infinitas  
 circunvoluciones del humo que exhala  
 vuestra boca negra,  
 rápida resbala  
 por el aire un ala  
 del genio que integra  
 la vida radiosa del hogar prendido:  
 un ala es la llama que allá abajo vibra,  
 otra ala es el humo que al azul se libra,  
 y el fuego es el genio: pájaro en su nido.

Chimeneas de hogares pequeños,  
 ángeles guardianes de modestos sueños,  
 sobre las buhardillas  
 y sobre las chozas,

sobre las sencillas  
casas misteriosas  
en que la amargura de los pobres reina,  
vuestra cabellera el viento despeina,  
mientras pensativas,  
dignamente altivas,  
soñando quién sabe con qué grandes cosas,  
sobre los tugurios, sobre las buhardas,  
mezcláis vuestro aliento  
a las nubes pardas  
que deshace el viento...

Chimeneas,  
graves y abstraídas, sobre las mansardas,  
sobre los tejados y las azoteas,  
dais al viento el humo, como el hombre ideas...

### EL ALMA DE LA CIUDAD

Sus múltiples almas en un alma sola  
súmanse cual gotas de una misma ola  
que se alza y se abate y ruge y suspira...  
Es impresionable e infantil. Delira  
o razona casi simultáneamente.  
Agua de mil ríos nutre su corriente.  
La enloquece de pronto una nube.  
La estremece un ruido que del suelo sube.  
Late de la vida en el ardiente abrazo.  
La deslumbra y la ciega un chispazo...  
Todo pasa, y ella  
como el mar perdura aunque la ola se estrella,  
permanece voluble, cambiante  
como en las manos del viento  
fugaz y violento,  
la gasa del humo flotante.

Olvida esta mañana el ídolo de ayer  
y nace a nueva vida en cada amanecer...  
No es el alma de la humanidad.  
Es solamente el alma de la ciudad...

En el campo los hombres aislados  
en medio a la grave y misteriosa calma  
de la naturaleza, mantienen su alma.  
Es otro el espíritu que flota en los prados.  
Es un suave espíritu que no tiraniza  
ni deprime al hombre; que no lo esclaviza  
como ese diabólico espíritu urbano  
que es un gran tirano...  
Allá en las praderas  
los recuerdos viven como enredaderas  
prendidas al alma de los individuos.  
La vida es un claro licor sin residuos  
que desliza lento por cada garganta  
y aclara el acento de la voz que canta...  
Aquí en la ciudad, quemante palestra  
las almas de todos aplastan la nuestra.  
Y esa alma de todos forma una siniestra,  
sureada de rayos y de sacudidas  
que arrastra con férreo puño nuestras vidas.

Palpita en las calles, en la plaza, en  
las reuniones públicas, el tranvía, el tren...  
Rumorea en los restaurantes,  
en los cafés, grandes y chicos,  
en las casas de los pobres y de los ricos,  
en los talleres y en las usinas,  
en los conventillos y en las oficinas...

Sale de las puertas y de las ventanas;  
se condensa en el éter espiritual que inunda  
de las almas recónditas la cueva más profunda.  
Flota sobre las frentes; baja a la tierra; sube...  
y se va con el viento como una nube  
y otra nube viene a reemplazarla  
apenas el viento consiguió alejarla.

Está hecha de todo lo efímero y fugaz,  
pero es incontenible y fuerte como un gas.  
Entra en los torbellinos de hombres y sale de ellos  
arrojando a su paso tinieblas y destellos.  
Penetra en el corazón de las reuniones;  
asalta las alcobas y los salones;  
irrumpe en los teatros y los cines;



las fábricas y los *magazines*;  
 agita los mil brazos de los mitines;  
 y sale debatiéndose como un ave de inmensas  
 alas sobre las casas y los hombres suspensas;  
 sacudiéndose como una gran alfombra al sol...  
 derramando así el polvo de sus impresiones,  
 de sus caprichos, de sus veleidades,  
 de sus volubles ansiedades...

Ese polvo se cuele en los edificios  
 y en las habitaciones, por los intersticios.  
 Lo traen las alas de los cotidianos,  
 de las revistas, de los libros; las bocas y las manos.  
 Ese polvo de un día que en el aire circula  
 sobre las almas incesantemente se acumula  
 y las va sepultando bajo el peso de un manto  
 tejido por la vida con los hilos del llanto  
 y del placer, sobre el telar  
 de las horas, eternas en su raudo volar.  
 Ese manto a las almas, como el aire inconstantes,  
 momifica en los gestos de su viva epopeya  
 como las cenizas a los habitantes  
 de Herculano y Pompeya.  
 Por ese sutil polvo inmovilizados

nos hallarán los siglos venideros,  
 en la tiniebla de hondos agujeros.  
 Han de encontrarnos fijos en la movilidad  
 perenne del polvo que en nubes sombrías  
 de sus sandalias desprenden los días,  
 sobre la quietud de ese sueño profundo,  
 cuando en los umbrales de la eternidad  
 las limpian del barro del mundo...

## RADIOTELEFONÍA

Anoche subí a la azotea.  
 A mis oídos llegaba un rumor  
 como de marea:  
 de lejos, el desgarrador  
 alarido que lanza un vapor,  
 y un jadeo de locomotora;  
 de cerca,  
 la vibración terca  
 del gong de los trenes, los autos afónicos;  
 arriba, el clamor de los hilos  
 telefónicos.  
 El cielo esplendía  
 como si la noche estuviese cubierta  
 por una obstinada floración del día  
 que desmenuzado en estrellas ardía  
 en la amplia e incierta  
 bóveda sombría...

Poco a poco se iban apagando  
 los ruidos, y mi alma  
 se iba plácidamente internando  
 en una región de silencio y de calma.  
 El viento callaba. La ciudad se hundía  
 en un silencio creciente  
 como una marea  
 que subía, subía, subía  
 y pasaba sobre la azotea,  
 sellaba mis labios, cubría mi frente  
 y me sumergía  
 en un mar inmóvil de sombra imponente.

Y en ese silencio encantado  
 yo sentía pasar por mi lado,  
 rozarme el espíritu, girar en la altura  
 impalpables las alas vibrantes  
 del verbo en el éter disuelto  
 como un invisible pájaro suelto  
 que llegara de selvas distantes.

—Si tuviese—pensaba—una antena,  
 yo cazaría en la noche serena  
 el verbo viajero, y ese prisionero

seguiría volando lo mismo,  
hacia los cuatro puntos cardinales,  
por sobre la tierra, por sobre el abismo,  
cazado en el mismo momento  
por muchas antenas iguales  
que no lograrían quitárselo al viento...

Me siento infinitamente circundado,  
como por una misteriosa nube,  
por el espíritu del hombre, que sube  
vulgarmente osado  
a poner en la naturaleza  
en lugar de la ausente palabra de Dios,  
fundida en el éter que el mundo atraviesa,  
la sombra inmanente y actual de su voz.

## LAS PLAYAS

## I

Montevideo tiene un aire de pereza.  
Tendida sobre el río, sobre colinas gayas,  
aburrida bosteza  
hacia el espacio, por sus cinco playas.

¡Oh, las graciosas playas de Montevideo!  
Abren sus blancos brazos, como con el desco  
de estrechar todo el río en sus arenas,  
y el río les regala el cabrilleo  
de sus aguas serenas.

Ramírez y Pocitos, y Carrasco y Malvín  
y Capurro, hospitales que curan el esplín.  
En ellas tiende el Río de la Plata

sus sábanas de espuma para la conjunción  
de sus aguas azules con la arena de plata  
en que lento se acuesta el río, como un león.

Con esas cinco playas, que son bocas divinas,  
sonríe en el estío a las auras marinas  
que la perfuman al pasar,  
dejando en esas bocas un ósculo del mar.

Montevideo tiene un aire de pereza...  
Al descender los días estivales  
sobre sus costumbres casi coloniales,  
es como una criolla, joven, pero algo obesa,  
que al sol se despereza  
con movimientos lentos y sensuales.

Sus pupilas se encienden de un fulgor repentino,  
sus labios reflorecen con dulzor de pitanga,  
y su garganta arroja al aire cristalino,  
como una piedra, el grito de su risa guaranga.

Hacia las cinco playas vuela el aburrimiento  
de la ciudad, en automóviles y tranvías,  
y allí lo contemplamos, en aquel somnoliento  
desfile por las ramblas, igual todos los días.

## II

¡Playas armoniosas! En su blanco seno  
yo sorbo de bruces, junto al mar sereno,  
con labios voraces,  
la savia esencial de la vida,  
que hierve en las ondas y flota en el viento.  
En ellas mis ojos audaces  
gustaron visiones de carnal belleza  
que me depararon un deslumbramiento,  
y también un poco de vaga tristeza  
para deshojarla como flor al viento...

Yo adoro esas playas, y en ellas adoro  
a las mil ondinas de cabellos de oro  
o de bronceados o negros cabellos,  
que muestran sus cuerpos flexibles y bellos  
ante el mar sonoro.  
Yo adoro

los muslos pulidos, los brazos, los cuellos  
de mujer desnudos, en la arena llena  
de chispazos de oro.  
¡Playas! las sirenas  
cantan a los ojos sobre las arenas  
que el día resealda,  
ofreciendo al aire los senos, la espalda,  
las carnes morenas  
que el sol les madura con su beso gualda.

Playas deliciosas que adoro y envidio;  
sobre vuestro seno aventan su fastidio  
voluptuosamente divinas ondinas;

¡oh, playas divinas!

Yo envidio las ondas que abrazan y tumban  
los cuerpos de diosa, tal como en un lecho;  
con mil dientes blancos les muerden el pecho,  
y, al fin, jadeando, a sus pies se derrumban...

¡Playas, playas, playas! bocas sonrientes.

¡Playas, playas, playas! brazos en que veo  
mecerse confiadas mil formas vivientes  
que admiro o desco.

¡Playas, playas, playas de Montevideo...!

## LA QUINTA EN LA CIUDAD

Liso y alto muro la encierra celoso;  
pero alzo la vista y al borde la veo  
del muro empinada, con gesto gracioso  
y ágil balanceo.

Es la gaya quinta, frescura y belleza,  
que asoma curiosa con ojos reidores  
a mirar el mundo, y sobre mi cabeza  
parece volcarse con todas sus flores.

Es como si fuese curiosa pupila  
de un convento, ansiosa de echarse a volar  
por sobre las tapias, y espera intranquila  
el feliz momento en que las va a escalar.

Por sobre la blanca cintura del muro  
 se ve de los pinos cimbrar la cimera  
 cónica y aguda, de un verdor obscuro;  
 y como si fuera  
 la pierna rosada, nerviosa y ligera  
 de la colegiala  
 que ya el muro escala  
 pronta a dar el salto que la arroje afuera,  
 pende sobre el muro  
 rosada de flores una enredadera.

El sol las paredes trepa ágil y elástico  
 todas las mañanas, como un salteador;  
 cae sobre los árboles con salto gimnástico  
 y hace de la quinta su presa mejor.

La recorre toda con besos sensuales;  
 la envuelve en caricias y en canora charla;  
 le enciende la sangre de los vegetales  
 y al fin la posee para fecundarla...

El portón de hierros es como una boca  
 de aromado aliento, que atrae y que llama.  
 Por ella, la quinta, incorregible y loca,  
 a los transeuntes provoca y reclama.

La vemos hacernos extrañas señales  
 con flexibles gajos de mirto y jazmín  
 y grandes saludos con los fantasmales  
 álamos que en fila guardan el jardín.

Escupe hacia el aire la clara corriente  
 que brota de un vaso de labrada piedra,  
 y alza en un revuelo, con gesto indecente,  
 sus sayas tejidas de colgante yedra.

Con su variopinta túnica de flores  
 es para el que pasa sueño y tentación.  
 A la calle arroja sus cantos y flores  
 por sobre el cercado de su paredón.

Yo veo en el alma de esa gran locuela  
un impulso humano de fraternidad:  
a esa su clausura hostil, se rebela  
ansiando expandirse sobre la ciudad.

O dejar al menos que la ciudad entre  
a gozar en ella de vida y salud  
y bajo sus viejas acacias encuentre  
bálsamo de flores para su inquietud.

¡Ven quinta risueña que egoístas guardan  
las altas paredes de ladrillo y cal;  
ven hacia los hombres, que inquietos aguardan  
tus besos de aroma sutil y vital.

Sal en un revuelto tropel de colores,  
de hojas y de alas por ese portón,  
y échate a la calle con plantas y flores  
como en una fuga de liberación!

Traspón esos muros; haz tuya la calle;  
derrámate en medio de la urbe sensata,  
y prende las flores que adornan tu talle  
de las obreritas en la humilde bata.

¡Hazte para todos; da a todos tu abrazo!  
Que los hombres entren a besar tus senos,  
que los niños salten en tu hondo regazo,  
¡y serán los hombres más niños, y acaso  
los niños más buenos!

## EL PATIO

El patio está en el centro de la casa  
 como un lago de lisas aguas muertas.  
 Todo el cielo sobre él se asoma y pasa  
 con las alas abiertas  
 en un pausado y silencioso vuelo,  
 arrastrando su densa cola oscura  
 constelada de mil piedras ardientes  
 donde la misma eternidad fulgura.

Durante el día, el sol cae y se estrella  
 en sus losas de mármol, y allá arriba  
 donde el viento las nubes atropella  
 y hacia el confín lejano las derriba,  
 tiende su toldo azul el firmamento.  
 El patio visitado por el viento  
 en el vibrar de los cristales vive

y de las hojas de la antigua parra  
 en el aleteante movimiento  
 con que tiemblan arriba.  
 El patio suena como una guitarra  
 colosal y recibe  
 el ancho beso de la boca viva  
 de la naturaleza, en el gran soplo  
 del viento que lo invade. De un aljibe  
 el brocal en su centro se levanta  
 vestido de lucientes azulejos,  
 apretado puñado de reflejos.  
 De allí callado brota  
 el húmedo alentar de la remota  
 agua por la azotea recogida,  
 y ese suspiro en el ambiente flota  
 poniendo una frescura estremecida...

Algunas jaulas de alambres dorados  
 a los muros adhieren un gorjeo  
 y un vibrante aleteo  
 de pájaros borrachos  
 de matinal fulgor.  
 El patio es un espectador  
 de la casa. En el centro



mira impasible lo que ocurre dentro  
de las estancias, en cuyo interior  
la vida de la estirpe rumorosa:  
la madre que abre de mañana  
los postigos al sol; la risa ufana  
del niño que aletea  
con sus bracitos en el lecho;  
el padre que se marcha a su trabajo;  
la enfermedad que sale de su accecho  
y hierre con su tajo  
traidor el corazón de esa ventura  
familiar; una fiesta  
agradable y modesta  
de la familia; un casamiento;  
un bautizo; un momento  
de algazara y olvido;  
un dolor que se cierne sobre el nido  
como una nube demasiado baja;  
una fúnebre caja  
y unos cirios ardientes;  
la casa llena de parientes  
y amigos; un cortejo  
silencioso que el patio atraviesa...  
Y el patio, como un viejo  
a quien la muerte ni la vida interesa...

El nuevo día lo hallará canoro  
con sus plantas y jaulas, bajo el oro  
del sol, y resonante por el viento  
que en él metido como un ave loca,  
lo hace crujir, igual que a un bastimento,  
y cantar a manera de una boca...

## VILLA DOLORES

Lección de zoología,  
capítulo de historia natural  
que la infancia recorre con gritos de alegría  
viendo un poco del hombre en cada animal.

Cada jaula es un párrafo  
de ese capítulo con ilustraciones  
vivas y coloreadas.  
Allí muestra sus varias expresiones  
el semblante de la naturaleza  
en múltiples figuras agitadas  
donde la misma humanidad empieza.

Allí el inquieto mono  
nos mira con encono.

El es nuestra parodia.  
Nos imita y nos odia.  
Hamaca de sí mismo,  
de la cola se prende,  
salta sobre el abismo  
o es un péndulo, y pende.

Allí el águila estrella  
su vuelo audaz contra los hierros  
y los arpones de sus garras mella  
en rudas rocas de escenografía.  
Allí los lobos, mansos como perros,  
porque bien comen, duermen todo el día.

Allí se extiende el tigre  
como una alfombra de salón;  
y va de un lado al otro la pantera  
en una permanente agitación;  
y el oso es una piel lujosa y cara  
amontonada en un rincón.

Un templo asiático imponente  
es el pacífico elefante,  
y es una cordillera andante  
el camello paciente.

El rinoceronte es un acorazado  
con superpuertas chapas de metal,  
y el pingüino es un abogado  
con su túnica doctoral.

Nos apartamos de la hiena  
con invencible repulsión  
y admiramos con su melena  
lírica y bárbara al león.

Al volvernos a la ciudad  
vemos los astros relucir  
poniendo su curiosidad  
sobre nuestro ir y venir.

## LA MUCAMA Y EL SOL

En esta casa baja de techo de azotea  
con un zaguán muy anejo y patios espaciosos  
para todo servicio se conchavó Ramona  
la linda mucamita de tentadores ojos.

De mañana temprano cuando el chorro de trinos  
de los canarios salta brotando de las jaulas,  
desciende de su altillo y en la pileta pone  
las espléndidas rosas de su rostro en el agua.

Luego empuña la escoba, pincel monstruoso y chato  
con el que pinta el suelo de brillante limpieza,  
y al lechero que arriba con su ruido de tarros,  
y es joven y buen mozo, corre a abrirle la puerta.

El tibio sol que enflora los cristales del patio  
y baja deslizándose lento por las paredes,  
al abrirse la casa por el zaguán se cuele,  
como un largo cuchillo que en la vaina se mete.

Una sonrisa impregna de luz la boca fresca  
y subraya de día los ojos de Ramona,  
que por oír los dulces piropos del lechero  
en un rincón olvida la abandonada escoba.

Los canarios redoblan sus cristalinos trinos,  
y en el borde del patio al entrar cauteloso,  
el sol da su escobazo de plata sobre el suelo  
levantando una nube luminosa de polvo.

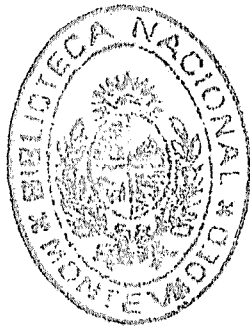
## EL BARCO EMIGRANTE

Estaba tendido en la arena  
mirando la inquieta majada del mar.  
Soñaba, soñaba... La vida era buena,  
y la luminosa mañana serena  
ponía en el aire su túnica de oro a secar.

El paisaje se alzaba a un costado.  
Sobre la colina que se entra en las ondas,  
casas de colores entre el apretado  
abrazo de ramas de un verde lavado  
eran tropicales pájaros luciendo  
su ardiente plumaje imprevisto en las frondas.

Del lado del puerto, que apenas veía,  
comenzó a adentrarse en la extensión azul  
un barco, dejando tras sí la bahía  
mientras se estiraba en la gloria del día  
el humo a manera de un tul.

El barco emigrante adelantaba apenas...  
 Algo le impedía las olas cortar.  
 Y es que de la costa invisibles cadenas,  
 hechas de recuerdos, de amores, de penas  
 tiraban del buque trabando su paso en el mar.



## ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA . . . . .	5
Prólogo . . . . .	7
Definición . . . . .	11
El domingo . . . . .	12
Viaje por la ciudad . . . . .	16
La hora del amor. . . . .	31
El mercado. . . . .	33
El Plata. . . . .	40
Villa Muñoz . . . . .	45
El monumento. . . . .	49
La Plaza Constitución . . . . .	50
El Cementerio Central . . . . .	52
El Buceo . . . . .	54
« El barrio infame » . . . . .	56
Música en la Plaza . . . . .	65
El Tranvía del Norte . . . . .	68

	<u>Págs.</u>
Paso del Molino . . . . .	72
El baño . . . . .	78
Sugestiones de la calle . . . . .	80
La villa de la Unión. . . . .	84
El paseo en tranvía . . . . .	88
El guardahilos. . . . .	91
El conventillo. . . . .	94
Los baldes del cielo . . . . .	97
Semblante de mi aldea . . . . .	100
La fiamblera . . . . .	101
El arroyo se ha vuelto loco. . . . .	102
Montevideo en estío . . . . .	105
Las chimeneas. . . . .	107
El alma de la ciudad . . . . .	111
Radiotelefonía. . . . .	116
Las playas. . . . .	119
La quinta en la ciudad . . . . .	123
El patio . . . . .	128
Villa Dolores . . . . .	132
La mucama y el sol. . . . .	135
El barco emigrante. . . . .	137